

LOS DIEZ Y OCHO  
MARTIRES DE ZARAGOZA.

Por Aurelio Clemente Prudencio en el Libro  
de las Coronas.

De diversas ediciones cotejadas con dos Manuscritos de la Real  
Biblioteca, y uno de la del Monte S. Miguel.

Cerca del año de Jesu-Christo 304, en el imperio de Diocleciano,  
y de sus Colegas.

**E**sta Ciudad, gloria de España, y que tiene el augusto nombre del mayor de los Césares (1), cada día vé su pueblo postrado ante las preciosas cenizas de diez y ocho Mártires, que encierra un mismo sepulcro. Encima de este se eleva un Templo magnífico: los santos Angeles, que en él habitan, son los guardianes. ¿Pero qué tiene que temer un edificio, por inmediato que esté á las nubes, quando puede calmar en qualquiera ocasion la cólera de un Dios irritado, oponiendo á sus rayos las sagradas reliquias de tantos illustres Mártires? Aún se le verá sostenerse entre las ruinas del mundo; y quando Jesu-Christo, sentado sobre una resplandeciente nube, venga á juzgar el Género Humano, Zaragoza, que tiene la dicha de poseer un tesoro tan singular,

(1) Zaragoza, en latin *Cesar Augusta*.

no tendrá motivo de temer la vehida del Juez; sino que llevando en sus manos las ricas caxas, y los preciosos relicarios de sus diez y ocho Protectores, irá ante el Señor, y los ofrecerá como otros tantos presentes; los quales, siendo agradablemente recibidos, contribuirán no poco á hacerla obtener un juicio favorable.

Entonces Cartagena ofrecerá los huesos de Cipriano su Obispo, aquel eloqüente Africano: Córdoba los de Zoilo, y las coronas de los tres hermanos Fausto, Januario, y Marcial: Tarragona presentará por las manos de Fructuoso una diadema adornada de tres perlas preciosas: Gerona hará ver la posesion en que está del cuerpo de S. Felix: Calahorra se tendrá por dichosa, y honrada con los de Emeterio, y Celedonio: Barcelona, valiéndose de la recomendacion de Cucufates, se presentará con valor ante el supremo tribunal: Narbona no se aprovechará menos de la proteccion de Pablo: ni Arlés sacará menor socorro de la de Ginés: Mérida, la primera de las Ciudades de la antigua Lusitania, comparecerá baxo la proteccion de la niña Eulalia: Tanger contará con la intercesion de Casiano; y Alcalá de Henares pondrá á los pies del Juez dos urnas llenas de la sangre de Justo, y de Pastor (1).

Tom. III.

C 3

Ca-

(1) Por la copia auténtica del proceso original, que se hizo en la Ciudad de Huesca en Aragon el año 1567, á 12 de Octubre, y quedó en el Archivo de la Iglesia Magistral de Alcalá de Henares, para la entrega, y translacion de las reliquias de los Santos Mártires Justo, y Pastor; consta que habiendo



Cada una de estas Ciudades no puede dar mas que dos, ó tres Mártires; y sus sacrificios casi no serán solemnes, porque habrá tan pocas víctimas. Pero tú, Zaragoza, amada patria mia: tú, que siempre te ves coronada de olivos: tú, que has mostrado en todos tiempos una union sincera, y religiosa á Jesu-Christo, y un ardiente zelo por su gloria: vé, y ofrécele diez y ocho hostias de una vez en un solo holocausto. Tú sola puedes presentarle hecatombes (1) enteros de Mártires (2).

Ni

obtenido un Breve de la Santidad de Pio V, en el año tercero de su Pontificado, el Sr. Felipe II, Rey de España, á solicitud del Cabildo de la Iglesia Colegial de dicha Ciudad de Alcalá, para que de los cuerpos de los Santos Mártires Justo, y Pastor, que están, y se veneran en la Iglesia Parroquial de S. Pedro el Viejo de la referida Huesca, se les dieran algunas reliquias de los cuerpos de los Santos Niños; habiendo comisionado á este fin al Dr. D. Pedro Serrano, Canónigo de la misma Iglesia, se le entregaron á este solemnemente por mano del Illmo. Sr. D. Pedro Agustin, Obispo de Huesca, el dia 15 del mes de Enero del año 1568, una pierna izquierda, de la rodilla abaxo, con su pie, dedos, y uñas, cubierta con carne, y cuero, con un papel escrito, que decía: *Reliquia Sancti Pastoris*: Y una costilla, y dos huesos huecos del espinazo, con otro papel escrito, que decía: *Reliquia Sancti Justo*. Todo lo qual consta del referido Proceso, que se puede leer con otras particularidades en un tomo en quarto, impreso en Alcalá de Henares año 1568, con el título de la *Vida, martirio, invencion, grandezas, y translaciones de los gloriosos Mártires S. Justo, y Pastor*, su Autor Ambrosio Morales.

(1) Esto es, sacrificio de cien víctimas, tomado de los sacrificios de cien bueyes, que hacian los antiguos. (2) En el gobierno de Daciano se pasó en un solo dia á cuchillo, fuera de las puertas de Zaragoza, á una multitud innumerable de Christianos. Habiendo sido quemados sus cuerpos, y reducidos á ceniza, formaron lo que los Autores Eclesiásticos Españoles llaman Masa blanca, ó la Santa Masa.

Ni la gran Cartago, ni la misma Roma, señora del mundo todo, exceden en esto á Zaragoza: su gloria iguala á la suya. Todas sus avenidas han sido teñidas en la sangre de estas santas víctimas: sus puertas fueron regadas con ella: esta sangre ha purificado la Ciudad, y la ha consagrado á Jesu-Christo, despues de haber echado, de ella á los demonios, y al error: las tinieblas que el infierno derramó en ella, enteramente se han dissipado. Jesu-Christo es adorado en la plaza pública: es reconocido en todos los barrios, ó cuarteles: reyna en toda la Ciudad. Es patria comun de Mártires: á esta tierra, fertil en palmas, y en coronas, es adonde han venido á coger las que tienen en sus manos, y en sus cabezas. Ha sido como el lugar de la asamblea, si así se puede decir, en donde toda esta ilustre milicia se ha reunido, para tomar desde allí, como en un cuerpo de ejército, la ruta del cielo. En medio de esta dichosa Ciudad es donde crecieron los laureles con que Vicente está coronado; y de su Clero fue de donde se sacó á este famoso Diácono para vencer, y para triunfar. Del seno de esta madre de tantos Mártires es de donde han salido tambien los Valerios, fieles pastores del sagrado rebaño de Jesu-Christo. Porque en fin, todas las veces que el enemigo de los hombres excitó en el mundo aquellas terribles persecuciones, que derramaban por todas partes el terror, y la muerte; la Iglesia de Zaragoza fue siempre la que mas expuesta estuvo á su furor, y la que



mas lo experimentó. Y si alguna vez la dexó tomar este enemigo algunos momentos de reposo, no fue sino despues de haberse embriagado de su sangre, reemplazando sin cesar otros nuevos Mártires. Vicente mismo, el intrépido Vicente, aun quando se le llevaba á una tierra estraña para ser sacrificado, ¿no dió antes á su amada patria las primeras gotas de su sangre, como prendas que le dexaba de su amor, y como una advertencia que la daba de que su muerte, y su dicha no estaban muy distantes? ¿No ha tenido ella siempre á estas preciosas gotas de una sangre tan generosa toda la veneracion que se podía esperar de su reconocimiento, y de su piedad? El monumento que ha erigido á su memoria, recibe de su parte las mismas señales de respeto que si estuviesen encerrados en él los sagrados huesos de este Martir. Y aunque una Ciudad (1), conocida solamente por la inmediacion á las ruinas de Sanguento, las posee en efecto; con todo eso, á nosotros nos tocan por el derecho natal (2). Gloríese Valencia, si quiere, de habérselo quitado: muestre en hora buena el sepulcro en donde le puso despues que venció á la muerte, y al Tirano: á nosotros nos pertenece: Zaragoza lo pide: ella es quien le puso en la mano la primera espada de que tan dichosamente se sirvió contra el comun enemigo. En su presencia, y como alumno

su-  
(1) Valencia. (2) Véase la Historia de S. Vicente, tom. II. pag. 215.

suyo es como ha corrido en la carrera de la virtud, y de la Fé. Ella fue quien para animarle al combate, le puso á la vista las gloriosas acciones de estos diez y ocho heroes, que venera en este Templo. Inflamado por un exemplo tan bello, y con la vista de aquella floresta de laureles, combatió con el mismo suceso, y juntó su victoria á las suyas.

Allí reposa tambien la Virgen Engracia, aquella generosa doncella, que oponiendo sola su virtud á los esfuerzos del demonio, los hizo inútiles, y le llenó de confusion. Habiéndola quitado el rigor de los tormentos á todos los que combatian con ella por Jesu-Christo, acabando entre nosotros una vida gloriosa, dió á toda la tierra el pasmoso espectáculo de un cuerpo que sobrevivió á sí misma. Mientras que esta Virgen, del todo milagrosa, vivía en Zaragoza, contaba los diversos suplicios que coronaron su paciencia: mostraba como la despojaron de una parte de su carne; como los hierros de los verdugos hicieron en ella largos, y profundos sulcos; como estos mismos verdugos le abrieron el costado; y como habiéndole cortado uno de sus pechos, la llaga que le hicieron en esta parte, descubría claramente las mas inmediatas al corazon. En fin, la muerte ya no tenía mas que un golpe que darla para acabarla de quitar la poca vida que la restaba, quando esparciéndose un dulce sueño por sus desgarrados, y sangrientos miembros, mitigó por algunos momentos los dolores que sentía. Con



todo eso, tantas eran las llagas, que no pudieron cerrarse tan presto: el fuego que habian encendido en sus venas, no se apagó desde luego; y sus sufrimientos no se acabaron hasta que la sangre corrompida, que las inficionaba, se consumió con el tiempo. Nosotros mismos vimos con nuestros ojos, ó Engracia divina! una parte de vuestro hígado, pegado todavía á las uñas de hierro, que lo habian separado de lo demás; y así la muerte, que no puede resolverse á dexar la presa, no habiendo tenido permiso para quitaros la vida, se apoderó á lo menos de todo quanto pudo arrancaros; y estuvisteis á un mismo tiempo viva, y muerta por una parte de vos misma. Pero aunque el Tirano, envidioso de vuestra gloria, detuviese su brazo al punto que iba á daros la muerte, la corona del martirio no por eso os es menos debida.

Y así Jesu-Christo se dignó conceder á Zaragoza la preciosa gloria de alojaros en el recinto de sus murallas: vos que habitais ya en el cielo un palacio de eterna estructura.

Levanta, pues, tu voz, dichosa Zaragoza, y haz resonar las doradas bóvedas de tu soberbia Iglesia con tus cantos armoniosos. Suenen dia, y noche en esos sagrados lugares las alabanzas de ese augusto Senado de Mártires, que llevan túnicas de brillante púrpura, teñida dos veces en la sangre del Cordero, y en la suya. No dexes de cantar las victorias de Luperco, y de Optato, de Marcial, y de Suceso: ensalza con la hermo-

su-

sura, y belleza de tus himnos, la gloriosa muerte de Urbano, de Quintiliano, y de Julia: publiquen alternativamente dos coros de música al son de instrumentos, y de voces, la grandeza de ánimo de Publio, los trabajos de Fronton, el intrépido valor de Felix, la inalterable firmeza de Ceciliano, las sangrientas hazañas de Evocio, y el ardor siempre nuevo de Apodemo; y en fin, que no olviden los quatro Saturninos. ¿De dónde nace, versos míos, que tanto trabajo os haya costado en repetir conmigo este illustre nombre? Yo bien sé que la medida se opondrá (1); pero el respeto debido á estos grandes nombres, no merece que se atienda á las leyes de la Poesía: siempre está hecho un discurso segun las reglas, quando los Santos son el asunto; y ninguna cosa hace á un verso mas regular, y mas armonioso, que estos bellos nombres, que están escritos en el libro de la vida, y que un Angel recitará en alta voz, quando estén juntos todos los hombres, en presencia de Jesu-Christo, y de su Padre. Añadamos á este número la Virgen Engracia, y el Diácono Vicente: añadamos tambien á Cayo, y Clemente, ambos á dos tan invulnerables como invencibles. Porque habiendo por dos veces combatido por la gloria de su Señor, habiéndole confesado por dos veces á vista de los tormentos,

sa-

(1) *Quos Saturninos memorat vocatos::* La primera sílaba de *Saturninos* es larga, y la medida del verso sáfico requería que fuese breve.



salieron del campo de batalla sin haberle teñido con su sangre.

Vamos, pues, amados Conciudadanos míos, vamos á postrarnos ante el sepulcro de tantos Santos, para que en el gran día de la resurrección, haciendo con ellos una misma tropa, seamos recibidos con ellos en el cielo.

## MARTIRIO

## DE SANTA DOMNINA,

SANTA BERENICE,

## Y SANTA PRODOSCES (1).

*Sacado de S. Juan Crisóstomo, tom. 1. Homil. 51.*

Cerca de los años de Jesu-Christo 306, en el imperio de Diocleciano, y de sus Colégas.

**A**UN no se han pasado mas que tres semanas que celebramos la Fiesta de la Cruz, y ya solemnizamos la de los Mártires. ¡O admirable fecundidad de la sangre de Jesu-Christo, que apenas ha tocado á la tierra, quando produce. Aún no há veinte días que se plantó este arbol, y ya nos dá frutos. Porque en fin, la muerte de estas tres admirables personas, cuya memoria celebramos hoy día, ¿qué otra cosa es que un excelente fruto de la muerte de Jesu-Christo? Estas

víc-

(1) El día 4 de Octubre en la Iglesia Griega.

víctimas han sido inmoladas por este divino Cordero: estas ternerrillas escogidas en el rebaño, han sido degolladas por esta inocente oveja; y estas ofrendas no son agradables á aquel á quien se han hecho, sino en memoria de aquel primer sacrificio. Vosotros podeis ver el día de hoy una demostracion evidente de lo que os dixé en el discurso que os hice el día de la solemnidad de la Cruz. Dixé entonces, hablando del Hijo de Dios, que había quebrantado las puertas de bronce, y los cerrojos de hierro (1). En efecto, si él no hubiera derribado estas puertas, ¿cómo pudieran abrirlas unas mugeres de poca fuerza? Si no hubiera hecho pedazos estos cerrojos, ¿cómo podrían romperlos tan facilmente unas tiernas doncellas? Y en fin, si él no hubiese hecho de la prision un lugar agradable, ¿nuestras Santas Mártires hubieran entrado en él con tanta alegría? Sea el Señor bendito. El sexô mas tímido se atreve á encararse hoy á la muerte: aquel sexô, que en otro tiempo la introduxo en el mundo, hoy la desprecia, y atropella: la muger que sirvió de dardo al demonio para herir mortalmente al primer hombre, se vuelve ahora contra el demonio mismo, y le pasa con mil golpes: este sexô, que en otro tiempo no era sino una debil caña, viene á ser en las manos de Dios una flecha, de que se sirve para confundir á sus enemigos. Unas mugeres acometen á la muerte; y la que hace temblar

(1) *Isaiás 45. 2.*